

losófica, elaborado por un conocedor profundo de ambas. A partir de una visión sin prejuicios de la naturaleza, el A. describe las interpretaciones científicas que se suelen dar a los distintos fenómenos naturales, y las limitaciones del método científico para alcanzar la totalidad de lo real; critica la pseudofilosofía o la pseudoteología que, sin conocimiento científico suficiente, tratan de hacer apologetica rellenando de acciones divinas lo que es limitación de los conocimientos actuales de la ciencia. Se sugieren igualmente observaciones críticas a las visiones más habituales del método científico, que suelen ignorar que la ciencia se elabora en parte sobre presupuestos que no pertenecen al método hipotético-deductivo; y realiza una ponderada integración de conocimientos científicos y filosóficos a la hora de buscar los fundamentos trascendentes de la naturaleza y del ser y obrar humanos.

La obra tiene un enfoque netamente filosófico: sus críticas a interpretaciones erradas de las observaciones científicas, o bien a errores de método científico, se apoyan fundamentalmente en reflexiones filosóficas sobre el método científico, sobre ciertos aspectos de la realidad o sobre cuestiones de epistemología. Es un libro extraordinariamente rico en razones y argumentos. Aunque muchos de los errores de método científico se manifiesten como oposición «científica» a la fe, su argumentación se ve socavada por el enfoque metódico y abierto de esta espléndida obra. Las cuestiones más propiamente relativas a una teología de la naturaleza, y al estudio de la direccionalidad en los procesos naturales no referible directamente a la actividad natural quedan brevemente esbozados, ya que escapan al objeto del libro; éste se plantea solamente una visión filosófica del mundo (integrada con la ciencia empírica) y un análisis igualmente filosófi-

co de las diversas interpretaciones que la propia ciencia aporta sobre sí misma y sobre la realidad como un todo.

Se trata, en suma, de una obra útil para iniciados en filosofía de la ciencia (como debería ser todo profesor —especialmente si es cristiano— dedicado al ámbito de las ciencias empíricas) que tiene muchas posibilidades de convertirse en libro de consulta habitual para estas cuestiones. En este sentido, se agradecería al editor, que ha cuidado mucho esta edición, presentarlo con pastas duras, más capaces de resistir la consulta frecuente.

A. Pardo

Mariano CORBÍ, *Proyectar la sociedad. Reconvertir la religión. Los nuevos ciudadanos*, ed. Herder, Barcelona 1992, 344 pp., 14,1 x 21,6

El libro analiza los cambios sucedidos en nuestras sociedades industriales, y el carácter dinámico —continua innovación— en que se encuentra la sociedad de finales del siglo XX. Puede hablarse incluso de una segunda revolución industrial que conforma un contexto cultural y antropológico, en el que la religión también resulta afectada y llamada a una profunda reestructuración interna.

El A. insiste en que su pretensión no es exponer «lo que ocurrirá», ni «lo que tiene que ocurrir», ni «lo que debiera ocurrir» ni aquello «que es más probable que ocurra» (p. 11) en ese futuro que se avecina. Sin embargo, entiende necesario una revisión de la antropología, de la concepción de la sociedad, de la cultura y de la religión. De hecho, se trata de pensar las actitudes que las nuevas circunstancias reclaman.

Un presupuesto de su análisis es la convicción de que la sociedad futura se-

rá una sociedad secularizada, en la que el ser humano se encuentra como único constructor de su futuro, sin que nada ni nadie le ofrezca un ideal de hombre o de sociedad, es decir, sin elemento alguno externo a su propia autodeterminación incondicionada (cfr. p. 13).

Siendo esto así, lógicamente la religión —si quiere sobrevivir significativamente— transformará su papel social de modo radical. Concretamente, habrá de abandonar la pretensión de ofrecerse como un conjunto de dogmas inmutables, pasando a ser un impulso generador de apertura constante a la libertad.

El A. desea advertir que su exposición no es «lo que opinamos que será el futuro, sino lo que sería la lógica, la coherencia de las transformaciones que podrían seguirse de lo que consideramos cambios centrales ya ocurridos» (p. 10). Lo que será el futuro es algo que está sujeto a incertidumbre, pues «cualquier efecto es el fruto de la interacción de múltiples causas (...)». Nos movemos en un sistema complejísimo en el que, además, interviene la libertad de los individuos y de los grupos» (p. 10).

¿Tiene sentido, entonces, decir algo respecto del futuro? Puede ser legítimo, en la medida en que el presente ofrezca ya hoy unos elementos que, por su lógica interna, puedan proyectarse hacia adelante. Pero este modelo predictivo tendrá valor sólo a condición de que tenga en cuenta verdaderamente todos los elementos en acción.

Por este motivo, nos ofrece dificultad la propuesta del A. El «Hombre» de que se trata en el libro es una imagen antropológica no del todo ajustada. Parece arriesgado dar por probado que el hombre actual considera que «no hay una naturaleza que nos proporcione una base sólida de finalidades»; o bien, que da por clausurado «un sistema de valores y de finalidades dado por Dios

o por la naturaleza» (p. 13). Universalizar el ateísmo como un elemento del hombre actual es, cuando menos, discutible a nivel de dato empírico, y *a fortiori* a nivel de principios.

Finalmente, reclamar de la fe cristiana su abandono del carácter de «revelación» para aceptar un puesto como expresión religiosa funcional, inmanente al hombre, no parece sencillo. Podría augurarse que esa pretensión le acarrearía la muerte natural —aunque el creyente conoce la promesa de Dios sobre su Iglesia. Pero que disuelva ella misma su propia identidad es ciertamente pedirle demasiado.

J. R. Villar

Ricardo YEPES, *La doctrina del acto en Aristóteles*, Ed. Universidad de Navarra, S.A., Pamplona 1993, 510 pp., 14,2 x 21,5.

Como suele ocurrir en filosofía, el estudio de una noción tan básica, como es la de *acto* no es nada trivial: *a posteriori* (cuando ya se ha realizado el «descubrimiento») puede parecer, algo sencillo, pero la realidad es muy distinta cuando se intenta averiguar la génesis y elaboración de dicha doctrina. Para esta empresa hace falta introducirse profundamente en la obra aristotélica, evitando la tentación de conformarse con «cómodas» acotaciones (no tener en cuenta *todos los lugares* aristotélicos ni *toda la crítica* habida hasta el momento).

Ricardo Yepes se ha propuesto expresamente superar este tipo de riesgos. Tal empresa no puede zafarse de otra clase de riesgos: ¿es realmente posible elaborar un trabajo con este *alcance*? Puede resultar lícito intentarlo y, a la vez, señalar los límites, tal como lo hace el autor (cfr. p. 29).